



ASPERGER PARA ASPERGER ®



Los Lentes Mágicos de Leo



A Leo le encantaba el mundo de las cosas. Le encantaban las líneas rectas de las vías de su tren de juguete y la forma en que las ruedas giraban, siempre igual. Pero el mundo de las caras era diferente. Era un remolino de expresiones y movimientos que lo confundían, así que prefería mirar a los zapatos, a las manos o a sus trenes.





Un día, su abuelo se sentó en el suelo a su lado. "¿Qué construye hoy mi ingeniero favorito?", preguntó con una voz suave como el terciopelo. Leo no levantó la vista. Siguió mirando las ruedas del tren. "Un puente", susurró. Quería ver la cara de su abuelo, pero no se atrevía.



El abuelo no insistió. En su lugar, le tendió una pequeña caja de madera. "Tengo algo para ti", dijo. "Pertenecieron a un explorador de mundos secretos". Dentro, sobre un cojín de seda, había unas gafas de montura grande y redonda. "Son lentes mágicos. Ayudan a ver lo que de verdad importa".



Leo sintió curiosidad. Se puso las gafas, que le quedaban un poco grandes y se le resbalaban por la nariz. Todo se veía igual. "No veo nada mágico", dijo, decepcionado, mirando al suelo. El abuelo sonrió. "La magia no está en las cosas, Leo. Está en las personas. Inténtalo. Solo un vistazo rápido".



Con el corazón latiéndole deprisa, Leo respiró hondo y levantó la vista hacia su abuelo. Fue solo un segundo, pero lo vio. En la cara de su abuelo había una sonrisa tan grande que le arrugaba los ojos. De repente, a través de los lentes, vio una diminuta chispa dorada junto a sus ojos, cálida y brillante como una pequeña estrella. No daba miedo. Era bonita.





"Esa es una chispa de alegría", le explicó el abuelo. "Las caras de las personas muestran chispas de colores que cuentan cómo se sienten. A veces son rojas como el enojo, azules como la tristeza o amarillas como la sorpresa. Solo tienes que ser lo suficientemente valiente para buscarlas".



Al día siguiente, en el parque, Leo vio a una niña sentada sola en un banco. Tenía la cabeza gacha y sus hombros se movían un poco. Recordó las gafas mágicas en su bolsillo. Se acercó despacio, sin saber qué decir.



Se puso las gafas y echó un vistazo rápido a la cara de la niña. ¡Ahí estaba! Tenía el ceño fruncido y los labios apretados. En sus ojos había una chispita azul, del color de una gota de lluvia. Recordó lo que dijo el abuelo: el azul era el color de la tristeza. La niña estaba triste.



Leo le devolvió la sonrisa. Se dio cuenta de que las gafas no eran mágicas. La verdadera magia era él, atreviéndose a conectar. Se había convertido en un explorador, no de mundos secretos, sino de sonrisas, de chispas de colores y de nuevos amigos. Y por primera vez, no sintió miedo, solo la cálida luz de una nueva amistad.

